

nacion jamás perdió el concepto de su antigua sabiduría. Tinieblas densísimas de ignorancia cubrían todo el continente europeo cuando nuestras catedrales y monasterios mantenían viva la llama de la inteligencia, consagrándose, ya que no á producir nuevas y sublimes obras, al menos á conservar las antiguas renovando los archivos y librerías quemados por los sarracenos; nuestros obispos y abades mantenían seminarios para clérigos y niños; nuestros eclesiásticos y doctores ejercitaban la pluma en tratados útiles. Sin salir del terreno de nuestras presentes investigaciones podemos citar entre los mas aventajados escritores eclesiásticos del siglo nono á Pedro, sacerdote de Écija; á Juan, teólogo Sevillano, que sostuvo contiendas literarias sobre teología, metafísica y retórica con el célebre Paulo Alvaro; y al obispo Juan hispalense, varon de gran santidad y doctrina, venerado de los mismos mahometanos, que comentó en lengua árábica las Sagradas Escrituras. En artes y amena literatura quizás no produjo la Andalucía cristiana de los tiempos del Califato obras que pudieran considerarse dignas rivales de las de los árabes; pero es posible que la falta de memorias respecto de lo que en estos ramos alcanzó, no nazca tanto de la escasez de artistas y escritores, cuanto del descuido de los obispos y abades en conservar las obras profanas en los archivos de las iglesias y monasterios, únicos puertos de salvacion para los monumentos literarios de aquella edad, y de la indiferencia de los antiguos historiadores en consignar los nombres de los buenos arquitectos. En vista de lo que los nuevos descubrimientos arqueológicos nos permiten presentir, mas bien que asegurar, de la arquitectura practicada en España al consumarse la irrupcion agarena, ¿habrá alguno capaz de afirmar que fuesen enteramente obra de musulmanes las grandes mezquitas erigidas por los Califas, y que las manos de los artifices cristianos no tuviesen largo empleo en la traza y ejecucion de sus elegantes columnatas y cúpulas bizantinas?

CAPÍTULO VI.

Tracto del siglo XI al XIII: division del Andálus en reinos independientes. — Últimas fases de la cultura muzlemita; Almoravides y Almohades; Sevilla, su mezquita y su Axarafe.

Era verdaderamente lastimoso el espectáculo que ofrecia el Occidente en el año mil. Al ver cómo las mas grandes instituciones se disolvian en el caos de la anarquía y cómo la Iglesia misma se iba haciendo mezquina y esclava; al ver cómo la trataban los principes y barones, cualquiera hubiera temido por su existencia no teniendo bien presentes las promesas de inmortalidad de que se hallaba asistida. La ambicion y los vicios triunfaban en la sociedad civil; la avaricia y las malas costumbres mancillaban la sociedad eclesiástica y religiosa. Todo al parecer era corrupcion y desolacion... Sin embargo, la fé subsistia, y ella iba á ser el áncora de salvacion de los estados cristianos.

Ella fué en efecto la que en el penoso é interesante período del siglo XI al XIII reconstituyó las nacionalidades perdidas en las tinieblas de la centuria precedente; ella la que levantó y armó en ambos extremos de Europa aquellas numerosas avanzadas de gentes esclavonas y españolas, que con su heróico denuedo sirvieron de valladar á la cristiandad, oponiendo á la barbarie asiática en oriente montañas de cadáveres, y á la barbarie africana en el mediodia el incontrastable y santo empeño de la reconquista.

En el siglo XI, en efecto, es cuando realmente empieza á tomar grandes proporciones esta noble empresa: esa centuria es la que trae al occidenté la voz misteriosa de su regeneracion, y la que hace sonar á los oidos de los sectarios de Mahoma la hora formidable en que principia la larga série de sus derrotas.

El terrible Almanzor, aquel rayo del Islám ante cuyos victoriosos estandartes se humillaron tantas provincias cristianas, y cuya alianza y amistad solicitaron emperadores y reyes, habia arrastrado á su tumba la grandeza y el decoro de los Umeyas. El afeminado é inútil Hixem permanecia bajo la tutela de Abdulmalék, el hijo del difunto hagib, dejando á este en libertad absoluta para seguir las huellas de su invencible padre. Pero no hay poder humano que contraste los designios de

la Providencia: la España cristiana, la protegida de Santiago, la hija del trueno, crecía impetuosa é incontrastable recobrando cada año nuevas ciudades y territorios, nuevas comarcas y provincias, y todos los esfuerzos del nuevo hagib fueron inútiles para contener la gangrena que rápidamente invadía al Califato. Supo el guerrero islamita conquistar el renombre de *victorioso* (al-mudhfer), pero no alcanzó á dominar los corazones indómitos y rebeldes de sus rivales, y la corrosiva cáries de las discordias interiores halló bajo su gobierno alimento mas que remedio. Á Abdulmalék sucedió en 1009 su hermano Abderrahman, á quien el pueblo dió en llamar *Sanjul* ó *el loco* por razon de sus prodigalidades y mala vida. Exigió éste juramento de fidelidad de todos los ciudadanos de Córdoba, como si fuera su soberano legítimo, y despues de publicada la muerte de Hixem, de quien se suponía sucesor y heredero, tomó el título de *Wali ahdi-l-islám* ó *heredero presunto del trono*. Los Bení Umeyas, exasperados con su tiránica conducta, tramaron contra él una conspiracion, por cuyo medio fué preso y condenado á morir crucificado.

Cuando llegó la nueva á los gobernadores de las provincias, todos tremolaron el estandarte de la rebelion, alzándose cada cual con el territorio á cuyo regimiento habia sido propuesto. Zeyri Ben Menad con sus secuaces se alzó en Granada y en los distritos adyacentes; Ismael Ben Dhin-nún se levantó en Toledo, que gobernaba por mandato y delegacion de Almanzor; siguieron inmediatamente el ejemplo Yusuf Ben Hud, el gobernador de Zaragoza, y todos los otros gobernadores, ó cadíes, ú hombres de calidad que tenian autoridad y tropas de que disponer, no titubeando ninguno en declararse en abierta insurreccion contra el nuevo Califa de Córdoba Mohammad ben Hixem ben Abdil-jabbar. Ben Al-aftas se proclamó independiente en Badajoz; Ben Samadeh en Almería; Mujahid, el esclavon, en Denia; Ben Tahir en Murcia; y por último el cadí Mohammed Ben Abbad hizo lo mismo en Sevilla.

Suponian algunos historiadores que el Califa legítimo, el menguado Hixem, no habia muerto, sino que el usurpador *Saujúl* lo habia tenido encerrado, haciendo con él lo propio el otro intruso Mohammed ben Hixem ben Abdil-jabbar que reinaba actualmente en Córdoba. Levantóse á vengar la desastrada muerte de *Saujúl* otro individuo de la familia de los Umeyas, llamado Suleyman Ben Alhakem, por sobrenombre *Al-mustain*, y durante la guerra que los dos rivales sostuvieron,

apareció un día el Califa Hixem, que había estado oculto en un parage retirado del palacio de Córdoba. Por aquel mismo tiempo se presentó también en público con otro fingido Hixem el astuto usurpador de Sevilla Ben Abbad. Se dió éste tan buena maña, que el pueblo se dejó engañar por su superchería; toleró que Ben Abbad le gobernase en nombre de aquel supuesto rey y figuron mercenario, y cuando el ambicioso vió sólidamente establecida su autoridad y su poder temido, hizo correr la voz de que Hixem había muerto y le había designado como su sucesor. «Así vino á extinguirse, exclama el autor árabe del libro de »*La suficiencia acerca de la historia de los Califas* (1), el glorioso Califato de Andálus. La instable rueda de la fortuna marcaba mudanzas »de dolor y perdicion; la corrupcion y los vicios dominaban los corazones de ricos y pobres, de nobles y plebeyos, de señores y vasallos. »La abyeccion y la bajeza erguian la frente en todos los puntos del imperio; el fuego de la discordia se cebaba en las provincias mahometanas, y los cristianos, aprovechando la oportunidad, acometian á los »musulmanes en todas partes, y estos, debilitados y divididos, no pudiendo oponer una eficaz resistencia, cedian el campo á los implacables enemigos del Coran, que avanzaban apresuradamente por las tierras de Aragon y Castilla.»

Era en verdad la época en que los monarcas cristianos de España, conociendo por fin cuánto les interesaba acabar con el comun enemigo, habían resuelto unir sus fuerzas, recobrando todas las plazas usurpadas y entregando al pillage parte de los reinos de Toledo y Córdoba. D. Alfonso V de Leon, rompiendo por la Lusitania, había obligado á los mahometanos á repasar el Duero, y á no haber pericido en el sitio que puso á Viseo, los hubiera arrojado de la otra parte del Tajo. El conde de Castilla Don Sancho había dejado al morir casada una de sus hijas, Doña Muña Elvira, con el rey de Navarra Don Sancho II; Doña Gimena; hermana de Doña Muña, casó con el rey de Leon Don Bermudo III, hijo de Don Alfonso; el nuevo conde de Castilla Don García se enlazó con la hermana de Don Bermudo, Doña Sancha. Así las dos coronas reales de Navarra y Leon, y la condal de Castilla, feudo de la

(1) Abú Jafar ben Abdi-l-hakk Alkhazrají Al-kortobí. El Sr. Gayangos publica bajo el Apéndice C del tomo 2.º de la *Historia de las dinast. muzlímicas en España* un largo extracto de este autor, que comprende desde la muerte de Alhakem Al-mustanser-billah hasta la llegada de los Almohades.

última, pero ya de hecho independiente, se prestaban mútuo apoyo, y á pesar de la infame traicion de los Velás y de la desapoderada ambicion de Don Sancho de Navarra, vinieron á formar para la frente de Don Fernando el Magno la nueva y prepotente corona que habia de figurar en lo sucesivo la primera entre todas las de los reyes de España. Por aquella traicion, en efecto; recayó en el rey de Navarra, como esposo de Doña Muña Elvira, el condado de Castilla; por la ambicion de dicho rey se movieron entre el navarro y el leonés aquellas diferencias que luego, mediando virtuosos y pacíficos prelados, se transigieron casando el hijo de Don Sancho II de Navarra, Don Fernando, con la hermana viuda del rey de Leon, en la cual recaía ésta corona falleciendo Don Bermudo sin sucesion: de modo que juntándose en la persona de Don Fernando los derechos de la madre y de la esposa, vino Castilla sin la menor violencia á erigirse en reino, quedando el Estado de Leon subordinado á ella como las circunstancias de la época y las necesidades actuales de la reconquista lo exigian. Iba de esta suerte avanzando de grado en grado sus baluartes la regenerada gente hispano-goda y triunfando en la ofensiva contra las ya desunidas fuerzas de los sarracenos, hostilizados en las mismas ciudades que por espacio de tres siglos habian poseido.

Era el rey de Sevilla Ben Abbad el mas grande de toda la Andalucía, y en España solo el de Toledo emulaba su poder. El de Zaragoza, Ben Hud, acosado incesantemente por las armas de otro hijo de Don Sancho de Navarra, el belicoso Don Ramiro, á quien cupo el reino de Aragon en la division de la herencia paterna, pidió auxilio al sevillano, que inmediatamente se lo envió bajo el comando de un experimentado general. Con este socorro pudo el rey de Zaragoza derrotar á los cristianos; mas esto no estorbó para que los pendones de la cruz, conducidos por el mismo Ramiro y por su hermano Don Fernando, avanzasen poco tiempo despues por una parte hasta las vegas granadinas, y por otra hasta los confines de Badajoz, quitando á los Bereberes y al rey Ben Al-afas numerosas fortalezas, y anunciando así á los consternados agarenos la próxima venida del sexto Alfonso, de Alvar Fañez y del Cid.

«En este tiempo, dice el escritor árabe arriba citado, eran muy contados entre los musulimes los hombres de virtud y sólidos principios; »la generalidad empezaba á beber vino y á entregarse á todo género de

»disolucion. Los conquistadores de Andálus no pensaban mas que en
»proporcionarse esclavos y cantatrices, pasando el tiempo en la em-
»briaguez y los placeres, gastando en fruslerías los tesoros del Estado
»y oprimiendo á los pueblos con tributos y exacciones para mandar cos-
»tosos presentes al tirano Alfonso y granjearse de este modo su amis-
»tad. Así continuaron las cosas entre los indóciles caudillos musulma-
»nes, hasta que postrados conquistadores y conquistados, y degeneran-
»do los reyes y capitanes de su pristino valor, los guerreros se hicie-
»ron cobardes y viles, el pueblo vegetó en la miseria y la abyeccion, la
»sociedad entera llegó á corromperse, y el coloso del Islám, sin alma
»y sin vida, fué solamente un espantoso cadáver. Los musulmanes que
»no se sometian á Alfonso, consentian en pagarle tributos anuales,
»constituyéndose de este modo en colectores de las rentas del monar-
»ca cristiano en sus propias haciendas. Al propio tiempo los negocios
»de los musulimes estaban administrados por Judíos, que se cebaban en
»ellos como el leon sobre un animal indefenso, y que obtenian los car-
»gos de Wisir, Hagib y Katib, reservados en otros tiempos á los mas
»ilustres personajes del Estado. Los cristianos rondaban codiciosos la
»hermosa tierra de Andalucía, y hacian en ella botin y cautivos, incen-
»diando los pueblos y asolando la comarca.» Era ya notable en verdad
el contraste que hacian las costumbres islamitas en el undécimo siglo
con las de los estados de la España cristiana, donde se iban gradual-
mente proscribiendo los hábitos de molicie oriental heredados de los
bizantinos; y sin embargo, los adeptos de la Cruz tenian aún que pur-
garse de muchos resabios de paganismo antes de merecer del cielo la
gracia de un rey santo que dilatase los confines de la España restaura-
da hasta las columnas de Hércules.

El rey Don Alfonso VI, el invicto conquistador de Toledo, aquel
insigne monarca tan singular en sus hechos, en cuyos dias abundó la
justicia y tuvo fin la dura servidumbre, y cesaron las lágrimas y suce-
dió el consuelo, y la fé recibió aumento y la patria dilatacion, y el pue-
blo cobró osadía y el enemigo quedó confuso y afrentado y la espada de
los cristianos prevaleció, y cesó el árabe y temió el africano; aquel rey
que fué favor de la patria, defensa sin temor, fortaleza sin perturbacion,
amparo de los pobres y esfuerzo de los mayores; que tuvo por arco y
armas principales la confianza en el Señor, que fué por Dios engrande-
cido y fortalecido, y multiplicó las Iglesias, y restauró las cosas sagra-

das, reparó y restituyó lo perdido á honra y gloria del Omnipotente (1); aquel rey, pues, cediendo á la codicia y á otra pasion no menós indigna, habia admitido en su tálamo real, en vida de su legitima esposa Doña Constanza, y á titulo de *cuasi-esposa* (2), á la bella Záyda, hija del rey moro de Sevilla Ben Abbad Almutamed. Llevóle en dote todas las ciudades que el rey su padre habia conquistado en tierra de Toledo, á saber, Cuenca, Huete, Ocaña, Velez, Mora, Valera, Consuegra, Alarcos y Caracuel, lo cual facilitó grandemente la expugnacion de la antigua y fuerte capital visigoda. Esta alianza sin embargo no impidió que andando el tiempo estallase un ruidoso rompimiento entre Almutamed y su yerno el rey castellano; pero antes de referir al lector el motivo de esta contienda, justo será que le iniciemos sumariamente en el conocimiento de los reyes de la esclarecida dinastía de los Beni Abbad, que gobernaron á Sevilla desde la caída del Califato de Córdoba hasta la conquista de Andalucía por los Almoravides.

Esta dinastía, tan celebrada de los poetas é historiadores árabes, que la comparan con la de los Abbasidas de Bagdad por el esplendor y la magnificencia que desplegó en su corte de Sevilla, tuvo por fundador á Mohammed Abul-kasim, Cadí de la Aljama ó Juez Supremo de dicha ciudad. Este personage descendia de Ittáf el Sirio, uno de los primeros conquistadores, establecido en Andalucía en una ciudad del distrito de Tocina perteneciente á la jurisdiccion de Sevilla. El Cadí Mohammed Abul-kasim fué uno de los tres consejeros que para la gestion de los públicos negocios nombró la poblacion de Sevilla cuando resolvió sacudir el yugo de los Idrisitas y declararse independiénte, y despues desplegó tanta astucia, que se erigió en supremo árbitro de los destinos del nuevo reino, triunfando de las rivalidades que le suscitaron el Señor de Carmona y sus auxiliares los Bereberes. Al morir este dictador le sucedió en el mando su hijo Abú Amrú Abbad, llamado por antonomasia *Fakhru-d-daulah* ó *gloria del Estado*, y, despues de posesionado del trono, *Almutadhed-billah* (*el que implora el favor de Dios*). Fué este un principe poderoso y cruel: ganó á Córdoba expulsando á los Beni Jehwar, é hizo buenas conquistas en el Algarbe. El poeta Ibnu-l-lebbánah dice de él que su vida era para los enemigos del Islám lo que los grillos para el prisionero, y que su espada no cesó un punto

(1) V. á Sandoval, *Alabanzas del rey Don Alonso*. — *Escrituras de su tiempo*.

(2) *Quasi pro uxore, ut præmissum est*, dice el Tudense.

de derramar sangre infiel y de enviar almas al infierno. Hizo tantas victimas, añade, que delante de la puerta de su palacio tenia un valladar lleno de cráneos de enemigos muertos, que contemplaba siempre que entraba y salia con indecible deleite de su corazon. Este formidable verdugo era sin embargo un buen poeta, y fueron muy celebrados los versos que compuso cuando tomó á Ronda. Murió el año 461 de la Egi-
ra (A. D. 1069) y sucedióle su hijo Abul-kasim Mohammed, denominado *Almutamed ala-illah* (*el que confía en Dios*), natural de Beja y de veinte y nueve años de edad. Era este el padre de Zayda, la hermosa mora que fué primero concubina y luego esposa de Don Alfonso el VI. El sabio teólogo y cadí Abú Bekr Ben Khamis hizo de él singulares elogios, diciendo que sus alabanzas estaban en boca de todas las gentes, y retratádonosle tan erudito literato como excelente poeta. Prosperó el reino bajo su gobierno, hasta que llegó el dia en que plugo á la Providencia entregar aquella hermosa provincia á nuevos señores.

Volvamos ahora al rompimiento ocurrido entre este rey y su yerno Don Alfonso. Hé aquí cómo cuenta una crónica árabe (1) la ocasion de esta enemistad.

El Emir de Sevilla era tributario del monarca castellano. En este tiempo, pues, habiendo el rey Alfonso enviado un embajador á Sevilla, juntamente con un judío llamado Aben Galib, privado y tesorero suyo, para entregarse de cierta cantidad de doblas que Almutamed le debia, sucedió que el embajador y el judío se aposentaron fuera de una de las puertas de la ciudad en sus propios pabellones, adonde acudió Abú Zeidun, tesorero de Almutamed, con el tributo, acompañado de otros visires. El judío del rey Don Alfonso no quiso recibir las doblas que le presentó el sarraceno, so pretesto de que no eran de buena ley, y dijo que solo las admitiría á prueba de fuego y cendra. Hubo entre ellos quejas y reconvenciones, y como el embajador propusiese que en vez de las doblas se le diesen unos bajeles que allí tenia el rey Almutamed, puesto que el hebreo no queria sin quilatear aquella moneda recibirla, la propuesta exasperó el ánimo del rey, y dijo que de ninguna manera se pagase el tributo, que ya no podia él aguantar tanta soberbia de aquella gente vil. Aquella misma noche entraron unos esclavos en las tiendas del enviado de Don Alfonso y del judío, y matando á este á pu-

(1) La que tuvo presente Don José Antonio Conde al redactar este pasage de su *Historia de los Arabes*.

ñaladas, maltrataron á los cristianos de la comitiva del embajador. Ignórase si esto fué licencia y desenfreno de los esclavos, ú obra aconsejada por los visires por complacer á Almutamed: lo cierto es que este no mostró sentimiento por aquella maldad cuando el embajador se quejó al dia siguiente, y se alejó de Sevilla jurando venganza de parte de su rey (1).

Esta violacion del derecho de gentes exaltó el ánimo del castellano, que juró reunir un ejército de tantos soldados cuantos pelos tenia en la cabeza y capaz de estender sus conquistas hasta las mismas aguas del Estrecho. Esto sucedia mientras un hombre extraordinario procedente de la tribu de Lamtah en Africa, llamado Yusuf Ben Texfin, y dotado de cualidades eminentes para la guerra, conquistador de las provincias occidentales de aquel continente y fundador de las ciudades de Marruecos y Tremecen la nueva, sometia á su invencible hierro todás las tribus Berberiscas, y precedido por el eco de sus victorias y de su formidable saña, se anunciaba como próximo invasor de Andálus. Pintábase la fama como regenerador del Islám, y á sus soldados los Almo-

(1) Así Conde. Almakkarí trae tres versiones distintas de este hecho. La primera difiere poco de la que acabamos de copiar: su autor, el historiador Ibnu-l-lebbánah, supone que el judío enviado por Don Alfonso, al rehusar la moneda que le presentó el tesorero del Sultán, le amenazó con que al año venidero no se contentarian los cristianos con nada menos que la riqueza toda del reino de Sevilla; y añade que Almutamed mandó prender al judío y clavarlo en una estaca, sentencia que se llevó á cabo despreciando las sumas que el hebreo ofreció por su rescate. El autor de la segunda version, que es el Alfaquíh Abú Abdillah Ben Abdillah Ben Abdi-l-muanem Al-himyarí, cuenta que el rey de Castilla tuvo la insolencia de pedir al rey Almutamed además del tributo que le debia, cierto número de fortalezas, y permiso para que la reina su esposa, que se hallaba á la sazón en cinta, se estableciese en el palacio de Medina Azahra con objeto de poder visitar diariamente la mezquita mayor de Córdoba y verificar su alumbramiento en este sagrado lugar. Habiendo Almutamed rechazado con indignacion este torpe y afrentoso propósito, é insistiendo en él con gran descaro el emisario judío, no pudo el Sultán refrenar su ira, y cogiendo un tintero que tenia á la mano, se lo disparó con tal acierto y tanta fuerza, que se lo metió en el cráneo, cayendo en tierra el judío con los sesos derramados por de fuera. Por último el historiador Ibnu-l-athir en su *Kámil* ó historia completa, refiere, que habiendo el rey Don Alfonso expugnado á Toledo, el poderoso Almutamed Ben Abbad le envió su acostumbrado tributo, que el cristiano no quiso recibir. Escribió este al Emir una carta altanera requiriéndole que le abandonase todos los castillos y fortalezas, reteniendo los musulimes solo la llanura y las ciudades abiertas, y amenazándole con que de lo contrario enviaría sobre Córdoba su ejército y la tomara. El que llevaba este mensaje iba acompañado de quinientos ginetes: Almutamed le dió alojamiento conveniente, repartiendo aquella fuerza por las viviendas de los oficiales de su ejército, y dió á estos órdenes secretas para que cada cual diese muerte al huésped que tuviera en su casa. Cumpliéndose puntualmente el mandato, envió por el embajador, y asiéndole fuertemente por el cuello, le sacudió y golpeó hasta que los ojos le saltaron fuera. Escaparon de su venganza solo tres hombres, que huyeron consternados á contar al rey Alfonso lo ocurrido.

ravides como hombres fanáticos, impetuosos, enemigos de los placeres, y tan sóbrios de militares arreos, que solo llevaban una ligera coraza, una larga y bien afilada lanza, y un escudo cubierto de piel de hipopótamo, impenetrable á las espadas y á las flechas. Bien necesitaba el Islamismo un sacudimiento como el que se proponia este terrible caudillo para sacar á los musulimes de Siria, del Africa y de España del marasmo en que los tenian sumidos los degenerados descendientes de los Umeyas y Abbasidas; porque se acercaba una de las épocas mas críticas para el mahometismo: los Turcos Seldjucidas habian domado la arrogancia y barrido las impurezas de Bagdad; ellos á su vez padecian tambien el cáncer de las excisiones, y la Europa se aprestaba á descender al Asia con sus barones y caballeros cubiertos de hierro, con cruces en los escudos, y los veintiocho *omrahs* ó emires que se repartian la conquista turca iban á agruparse inútilmente en torno del estandarte del Califa para desparramarse despues como aristas que dispersa el viento ante el glorioso estandarte de los cruzados. Tenia Dios reservada la herencia de los Abbasidas para los bárbaros Mongoles; el Califato de Oriente ya no existia, y de todos los sucesores del Profeta no quedaba en Asia mas que el insignificante Imán de Bagdad. El Africa no reconocia su autoridad y preferia obedecer á los descendientes de Fátima, la hija predilecta de Mahoma. En la España árabe era igual la ruina de las familias predestinadas: Toledo acababa de sucumbir al esfuerzo de Castilla; Zaragoza estaba estrechamente combatida; los emires de Andalucía alzaban clamores de espanto y volvian los ojos al Africa demandando auxilio.

El Emir de Sevilla Almutamed Ben Abbad, temeroso de las amenazas de Don Alfonso, é interpretando los secretos pensamientos del general Bereber y de los otros régulos de la España árabe, congregó á estos como el mas poderoso y respetado de todos, y les propuso le diesen su opinion sobre lo que deberia hacerse en situacion tan crítica. El resultado de la deliberacion fué escribir á Yusuf Ben Texfin ofreciéndole reconocerse sus tributarios si les consentia permanecer en sus respectivos dominios y se abstenia él de invadir la peninsula. Merece notarse la pintura que en esta carta le hacian del estado de las pequeñas monarquias en que se habia dividido el Califato andaluz. «Nosotros »los árabes de Andalucía, decian los régulos á Yusuf Ben Texfin, no »conservamos en España distintas nuestras cabilas ilustres, sino mez-